
Las preocupaciones del profesor de religión

por Carlos DÍAZ

Universidad Complutense de Madrid

I. En un mundo que no es cristiano

1. De tal antropología, tal teología

Como señala Julián Marías,

«se lleva mucho tiempo intentando la despersonalización, que los hombres pierdan de vista su condición de personas, que se vean como organismos, reducidos a las otras formas de realidad que existen en el mundo; a última hora, reductibles a lo inorgánico. Por supuesto, sin libertad, sometidos a las leyes naturales —físicas, biológicas, sociales, psíquicas, económicas—, susceptibles de toda manipulación desde todas esas instancias» [1].

En efecto,

«una serie de 'relevos' han borrado el carácter personal del hombre. Esta actitud ha solido ir acompañada de un extraño deseo de aniquilación, la voluntad de extirpar en los demás la esperanza de seguir viviendo después de la muerte. Se puede descubrir algo que en el fondo no se

entiende: un terror a la supervivencia, acaso a la responsabilidad, a la exigencia de amor» [2].

Por si fuera poco,

«se ha difundido la vida eterna con una imagen popular escasamente atractiva: los bienaventurados, sentados en nubes, con túnicas blancas y tocando el arpa» [3].

Todos quieren crecer pero nadie reconoce al Altísimo. ¿A qué se debe que la antropología personalista tenga hoy tan pocos novios, y sin embargo tantos padrinos, ya que hasta sus más acérrimos antagonistas enaltecen retóricamente las libertades de la persona?; los empeñados en silenciar o en erradicar de la filosofía al personalismo comunitario, ¿cómo querrán luego elevar la voz en favor de los derechos humanos?

Cual piadosos neoconvertos, nuestro noviciado es Europa en el mercado por el euro. De la España pasada casi todo parece haber sido barrido: ni memoria de

Abrahán, ni del Héroe Rojo parecen quedar. Pocos recuerdan de forma activa el Concilio o el posconcilio, en cuyo lugar se han instalado los conciliábulos posmodernos: Narciso en-si-mismado en el consumismo (con-su-mismo-ego) está a la orden del día. Cualquier español de edad habrá desayunado con Abrahán, comido con el Héroe Rojo, y cenado con Narciso. Mañana será otro día. En esta mutante transmisión falta la tradición (*traditio*) del relevo mismo; en su lugar se han instalado los folclores, es decir, las conmemoraciones animadas ideológicamente (con *animus*) y subvencionadas a cargo de los fondos generales del Estado, pero desalmadas espiritualmente (sin *anima*). Cuando de ellas desaparecen el alcohol y el sexo, la violencia y el ruido, entonces la fiesta pierde su sentido.

No solamente no hay vocaciones; es que no existe siquiera horizonte de posibilidad de que pueda haberlas: nada denota nostalgia del pasado que fue, y todo apunta hacia una euforia y un contentamiento de la vida, hacia una penúltimidad sin ultimidad cruzada por dos ejes: el hedonismo y el relativismo, presentado este último como tolerancia, no siendo en realidad sino una apostasía *light*; aquello de «Dios a la vista» de Ortega y Gasset ya no existe, no está a la vista. Cuando no hay hambre de otro pan, la seguridad social se encarga de darle a la gente el pan nuestro de cada día. *Epicuri de grege porcum*: somos cerdos del rebaño de Epicuro; ni siquiera eso, no somos sino que «estamos» pegados a un móvil: «estoy en el móvil». Estás, pero ¿cuándo eres? Por lo demás, no pocas veces cuando dices que eres buscas ser algo, sin que-

rer ser alguien, dices que eres, no quién eres.

No son Marx-Freud-Nietzsche ya los maestros pensadores de esta neomodernidad, pues Marx ha desaparecido, más bien marx que menox; Freud está para los llantos y las depresiones analizadas por argentinos; Nietzsche sí queda, aunque en su versión floja, y junto a él ha entrado en escena Epicuro, el padre del hedonismo, a su vez padre del pragmatopositivismo, del funcionalismo, del utilitarismo, del conductismo, y similares. Paisaje al fondo: nada con dinero. Es ésta una infecundidad que tiene su trasunto en la esterilidad biológica, la cual a su vez se traduce en envejecimiento demográfico.

Pese a todo, no faltan benditos ingenuos para los cuales san Francisco sigue teniendo pegada entre los jóvenes. Pues no. ¿Los hábitos franciscanos? En la tienda joven de *El Corte Inglés*: parafernalia perfectamente compatible con ese ideolecto fundamental que es la imagen, los implementos ornativos. ¿El hermano sol y la hermana luna de san Francisco? Ellos interesan a los cartomantes, alveromantes, batracomantes y seguidores de Rapel: luna-y-sol son mirados desde la perspectiva oraculesca y mántica. ¿Las florecillas y el campo franciscano? Pirriarán a los ecologistas, que veneran una naturaleza que se alaba a sí misma, y ahí termina todo.

Resultado: descarismatización del carisma, desradicalización de la raíz. En lugar del discurso de Francisco todo entero en su eco-antropo-teocentrismo, el

fragmentario de la posmodernidad lo ha desvirtuado: la pereza de los propios ha propiciado la pesca en río revuelto de los extraños: dormidos en los laureles, no hemos conservado vivo el lecho cultural desde el que lo cristiano se aprehende; cegados sus alveolos, cualquiera ha podido arrasarse a cara descubierta, con sonrisa profiden, luz, taquígrafos y cámaras: Imperio impune. Dentro de él, también Europa es mamonalátrica.

2. Lo católico, i-rrelevante por simbólicamente in-significante

Lo católico se ha vuelto irrelevante porque ha dejado de ser simbólicamente significativo. La misma Iglesia se ha dejado arrebatar sus propios referentes simbólicos. Buena parte de los ministros de la Iglesia han puesto su empeño en estudiar psicología, sociología, etc, lo cual no está mal, pero hubiera estado mejor si no hubiesen postergado o menospreciado lo teológico, hasta el punto de poderse afirmar que entre ellos son hoy bastante minoritarios los «espirituales», es decir, los hombres y las mujeres de Dios.

Ausentes ellos, las gentes han seguido buscando gurús, videntes, telepredicadores, espabilados y cucos de toda laya para que les impongan las manos, bendigan sus animales, y prevean sus horóscopos. No es que haya desaparecido el sentido de lo religatorio, es que ha mutado, entre otras cosas por ausencia de testigos de lo eterno en el interior de la Iglesia católica: no se ha sabido hacer presente en el imaginario social una oferta cualificada y diferenciada desde la fe cristiana. Lejos de evangelizar la cultu-

ra, se han gastado todas las salvas en culturizar el Evangelio: para que no se nos fuesen, les hemos metido en el mundo, pero no hemos sido capaces de meter en el mundo la luz que el mundo necesita.

Esta apostasía, a veces simoniaca (o demoniaca) se aplaude fácticamente en no pocos colegios religiosos, donde cualquier cosa menos Evangelio como lugar central de la enseñanza puede esperarse: los seminarios de religión de los centros de enseñanza católicos, lejos de ser el centro y el alma a partir de los cuales haya girado interdisciplinariamente el resto de las enseñanzas curriculares, languidecen por lo general como satélites extraterritoriales de un edificio en ruinas desde la perspectiva de la fe. Y por eso el ideario se ha tornado bestiaro, no seminario vivo, semillero capaz de hacer entender el sentido real de la fe retóricamente profesada, de vivirla con belleza simbólica y con rigor testimonial. Pero ¿puede sobrevivir la fe sin mediaciones culturales?; ¿tiene sentido una mera religión del corazón?; ¿puede limitarse la fe a su ejercicio cual rito privado, asocial?; ¿es correcto hacer caridad (*Caritas*), sin anunciar el nombre en nombre del cual la caridad cristiana se ejerce, así reducida entonces a simple asistencia sicosocial y a sociología de la acogida?; ¿las catequesis han de promover el asociacionismo burgués, ajeno a la cruz de Cristo?; ¿sobrevivirá esa fe así vivida —vivida, por decir algo— en competencia con otras ofertas más didácticas, más funcionales, más atractivas?; ¿tiene algo que decir una religión que no parece vivirse como institución de sentido, es de-

cir, como aquello que hace brotar el hondón vital?; ¿o que si lo tiene no sabe cómo transferirlo, porque la transmisión de la fe se ha vuelto un problema?

No hemos sido capaces de hacer una oferta cualificada, pues no hemos aprendido a vivir la fe desde la secularidad, ni sabido asumir la secularidad sin caer en el secularismo. Hemos olvidado que somos del siglo, seculares, por muy de clausura que seamos, sin por eso ser secularistas; somos del claustro, por muy del siglo que seamos, sin quedar enclaustrados; somos un dentro que necesita un fuera y un fuera que necesita un dentro; nuestro retiro es presencia, nuestra presencia retiro; somos ciudadanos en este mundo, no de este mundo: dos ciudades en un reino ya incoado e inconcluso. Resultado: la Iglesia católica no es ya una institución de sentido, al menos en Europa. Lo fue mientras realizó labores de suplencia, no lo está siendo a la hora de irradiar desde sí misma, insertada en el corazón del mundo. Pocos son los católicos que viven con el Evangelio como centro de sus vidas. Pocos tienen la partida de bautismo como su curriculum vitae. Pocos son los católicos *qua* católicos, en cuanto tales.

II. En un mundo que no es cristiano, ¿cómo ser cristiano?

3. La bienaventurada experiencia del encuentro con los últimos

Ser cristiano es seguir a Cristo, vivir su buena ventura, la bienaventuranza. Pobres eran los *am haarez*, los que escuchaban su palabra, gentes semianalfabetas sin otro horizonte que el de

encontrar trabajo, comer, dormir y morir, que vivían en un tiempo y en una tierra muy duros, que sabían que cuando un año faltaban las lluvias en otoño tal vez sería ya imposible la siembra y que después vendría un año de hambre. Y a ellos Jesús les insta a vivir según las Bienaventuranzas, que no eran dulces mensajes para beatas.

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los Cielos.

Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos, porque de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros» [4].

«Cristo no llamaba bienaventura-

do al pobre por el hecho de serlo; mucho menos podíareferirse al rico que, con la disculpa de que no está apegado a sus riquezas, sigue viviendo y disfrutando cómodamente de ellas. No se puede ser pobre de espíritu y vivir como un rico. Mas la bienaventuranza evangélica va mucho más allá que un puro problema de dinero. La palabra que Jesús usó para definir a los pobres fue *anaw* y este término significaba en hebreo a un grupo muy concreto. *Anaw* eran los humildes, los oprimidos, los desgraciados, los cargados de deudas y de enfermedades, los desamparados, los marginados. Pero a esa palabra *pobre* añadían siempre los judíos una segunda expresión y hablaban de los *pobres de Yahvé*. Eran estos los que, precisamente por no tener nada, precisamente debido a su desamparo, se acercaban a Dios, ponían en él toda su confianza, cumplían su voluntad, observaban la ley.

Jesús proclama bienaventurados a los que son conscientes de que viven en el destierro, a los que tienen llanto en el alma, a los que experimentan que se encuentran lejos de Dios, a los que sufren en su carne por estar sometidos a la tiranía del pecado, tanto del propio como del ajeno. Jesús comienza la predicación de su Reino desplegando para ellos la gran bandera que centra todas las expectativas humanas, la felicidad, que Jesús anuncia y promete a los humildes, pero situándola donde menos podría esperar el ser humano: no en el poseer ni en el dominar, ni en el triunfar, sino lisa y llanamente en el amar y ser amado de forma gratuita, en querer a Dios y en ser querido por Él, y

en Él y desde Él quererse a sí mismo y querer a los hermanos. A ellos les reserva Dios un infinito caudal de alegrías.

Los realmente pobres de los que Jesús habla son los que no se detienen en la idolatría de las riquezas y no tienen otro Dios que Yahvé; los que viven abiertos a él y a su palabra; los que no confían en el dinero, ni en los demás hombres y ni siquiera en sí mismos, sino en sólo Dios. Pobres son los que están perpetuamente disponibles a caminar hacia Dios, los que no están atados a ninguna propiedad porque nada tienen, los que como el propio Jesús no tienen una piedra donde reclinar la cabeza, los que son como él. Pobres son los que han elegido la libertad de no estar encadenados a nada de este mundo, ni siquiera a sí mismos, a sus ambiciones y sus orgullos. La miseria obligada es esclavitud, pero esta pobreza libre que Jesús pregona es liberación. La pobreza forzosa es carencia, vacío; la pobreza de Jesús es plenitud, es apertura hacia el todo. Él no pide renuncia a la riqueza por la riqueza, lo que él pide es plenitud de Dios y renuncia a todo aquello que, en la riqueza, aparta de Dios, es decir, casi todo lo que la riqueza tiene de riqueza.

A estos hombres abiertos Jesús les promete el reino de Dios. El que san Mateo haya traducido 'reino de Dios' por 'reino de los cielos' responde simplemente al pudor con que los judíos eludían el nombre de Dios y aludían a él mediante paráfrasis. El reino que

Jesús anuncia a los pobres es ese que él viene anunciando desde el comienzo de su predicación, ese que *está en medio de vosotros*. Lo que dice es que en el seno de la presente humanidad, en el corazón de la actual creación, está ya en trance de formarse otra creación, nueva, que está formándose, construyéndose. Es la humanidad nueva de la que él constituye el primer eslabón. Los pobres, los abiertos de corazón, los libres, los no encadenados ni al mundo ni a sí mismos, esos formarán parte de esa nueva humanidad que, conducida por él, traspasa las barreras de este mundo.

Y esa alegría prometida a los pobres procede de que es la divinidad misma quien cuida al cuidador de la viña, la bienaventuranza misma: Jesús es el bienaventurado que ha cumplido y vivido hasta el fondo las ocho bienaventuranzas: el pobre, el manso, el que conoció las lágrimas, el misericordioso, el limpio, el pacífico, el que murió en la cruz. Y porque fue pobre, manso, limpio, y misericordioso, y porque lloró y tuvo hambre y sed de justicia, porque sembró la paz y fue perseguido, por todo ello en él se inauguró el reino de Dios. Por eso, detrás de la cruz, conoció el signo más claro de la victoria. La verdadera alegría. De ella proviene la verdadera e inquebrantable alegría del compromiso personal y social con los últimos» [5].

Pero este monte de las Bienaventuranzas es como un prelude del monte Calvario. El día que nuestro

Señor enseñó las bienaventuranzas firmó su propia sentencia de muerte: no puede predicarse algo tan contrario a la sabiduría de este mundo sin que el mundo acabe vengándose y llevando al predicador a la muerte. Porque decir las cosas que dijo es el mejor camino para crearse enemigos. La crucifixión no puede estar lejos de quien se atreva a decir: ¡ay de vosotros, los ricos! Tampoco puede estar lejos de quien hoy se atreva a creerlo» [6]. Pero Jesús no dijo sólo «bienaventurados los pobres», dijo también: «¡Ay de vosotros, los ricos!» Predijo la felicidad de los perseguidos e invitó a temblar a quienes eran alabados por los hombres: «Pero ¡ay de vosotros, los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre. ¡Ay de los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto. ¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! porque de ese modo trataron a sus padres los falsos profetas» [7].

4. Así en la tierra como en el cielo

¿Cómo empeñarse en enseñar doctrina cristiana, si no se quiere saber nada del sermón del Monte? ¿Qué podría querer salvar quien hubiese vivido terrenalmente a costa de los demás?, ¿qué salvar de una existencia voluntaria y cerdamente echada a los cerdos?, ¿cómo podría imaginar el egoísta a los convertidos a la revolución de Dios, a no ser como un conjunto de insulsos sentados en nubes con túnicas blancas tocando el arpa? ¡Como si se debilitara la prodigiosa variedad humana, como si la vida ante Dios

no continuase siendo una empresa enérgica y personalizada, infinitamente enriquecida! La salvación viene de lo profundo de la muerte resucitada. Lo primero es el cielo, no el paraíso en la tierra, antes al contrario cada vez que el hombre quiso hacer de la tierra un cielo terminó convirtiéndola en un infierno. El cielo es nuestra patria de identidad, no nos convertiremos revolucionariamente a nada que no sea lo eterno verdadero, la omisión de la expectativa de la vida perdurable sólo agudizaría la sensación de impotencia militante.

Pero la idea de que la vida humana es eterna no evita una tensión de dramática incertidumbre. El católico actúa desde la Iglesia apostólica y misionera denunciando las injusticias porque ciertas leyes son como las telas de araña que detienen a los mosquitos mientras dejan pasar impunemente a los moscardones. El choque adquiere forma no violenta, por lo que a sus adversarios les dice: nuestra capacidad de sufrimiento es tan grande como vuestra capacidad de hacernos sufrir. A vuestra violencia física oponemos nuestra fuerza moral nacida de nuestro amor basado en el Amor de Dios.

A esta Iglesia que practica la oración y no reduce a Cristo a una ideología, sino que reconoce en Él al Señor y ejerce la comunión de bienes y el amor a los enemigos el mundo la califica de soñadora, fanática, irrealista y utópica. Para los poderosos es un escándalo porque defiende la devolución de la tierra y de las empresas a campesinos y obreros, y a los pobres la restitución de lo robado. La Iglesia está en favor de la vida desde el instante

mismo de su fecundación, y en consecuencia contra la pena de muerte. Abandera la defensa de la dignidad de la persona y trabaja para que no la traten como medio o instrumento, y pese a todo ello se sabe pecadora y necesitada de perdón, orando para que en ella permanezca el Espíritu Santo.

Consecuentemente crea cauces concretos de acción: hay inmigrantes y exiliados pobres, toxicómanos, alcohólicos, enfermos físicos y mentales, ancianos abandonados o solos, menores y mujeres maltratados, parados de larga duración, madres solteras, vagabundos, chabolistas, enfermos de Sida, etc, y ante toda esa realidad hay que mojarse no sólo a nivel asistencial y particular, sino como Iglesia del Señor. Desde ahí, el desacuerdo que la Iglesia mantiene con el desorden mundano la lleva a plantearse una presencia en la vida pública creando empresas sociales, cooperativas, sindicales, e incluso grupos de laicos independientes de la Jerarquía que misionarán (enviados por la comunidad cristiana) en el mundo de la política asumiendo medios y fines evangélicos. Es una Iglesia que comparte, que parte el pan y la sal con los demás, que toma parte y partido con ellos, que parte con los necesitados.

Esto la llevará a una denuncia profética desde Aquel que ha vencido al mundo. Para eso realizará actos de protesta (sentadas, encierros, bloqueos, devolución de documentación, etc): si «Benetton» usa el dolor de la gente en su publicidad, no compremos esa marca de ropa; si «MacDonald» realiza talas de selva en el Cono Sur americano para trans-

formarlas en pasto para su ganado, vayamos a otros establecimientos; si «Fa» usa la desnudez de la mujer para vender convirtiéndola en carne de mercadería, pasemos a otro desodorante. Hay indignidades en comisarías, hagamos sentadas ante ellas; existen parados y explotados, encerrémonos en fábricas, en iglesias; hay extranjeros pobres perseguidos por serlo, interpongámonos; hay abortos, luchemos contra ellos; hay presos indignificados en el trato, vayamos a protestar a las puertas de la cárcel, etc. El mundo no precisa cristianos vulgares, preocupados por las almohadas cervicales, los imanes, o las plantillas, o a lo sumo movilizados desde el exterior por eslóganes del tipo «ponga un bosnio en su casa»; lo que necesita es que el Evangelio deje de ser un libro gastado, ajeno como un entierro, ceremonia que deja fría al propio interesado: lo que precisa es que no traicionemos el Evangelio con rebajitas del tipo «lo mejor es enemigo de lo bueno», «siempre ha sido sí», «no hay que exagerar», etc. ¡Pero si Cristo nos manda amar a los hermanos como Él nos ha amado, hasta el extremo! Esto es lo que hay que creer, y como tal enseñarlo. El resto lo hacen mejor las ONG, y subvencionado.

5. Quien sabe de Cristo conoce al hombre

El cristianismo no fue una filosofía, ni vino a suplantarse a los filósofos griegos. Cristo tampoco fue un filósofo, sino el Mesías, el Salvador. Ha nacido en circunstancias maravillosas, inexplicables por la razón. Lo habían anunciado los profetas de Israel. Sobre la tierra predi-

cará amor entre los hombres, en la medida en que los ve como hijos de un mismo Padre. Para mofa de muchos ha muerto en la cruz, entre desgarradores gritos de angustia. Su reino no es de este mundo. Cristo es el Hijo de Dios, el Verbo del Padre que, encarnado realmente como hombre, venía a revelar y esparcir Su palabra, la palabra salvífica de un Padre invisible a los ojos de la carne, pero visible a los ojos de la fe. Ni una gota de filosofía en todo esto. Cristo hace hincapié en la fe: «El que creyere y se bautizare se salvará». Esta es su evangélica buena nueva.

Naturalmente, a su muerte comenzó a interpretarse este sencillo mensaje a la luz de la razón, tratando de entenderlo y de dotarlo de coherencia. Pero el mensaje fue dado gratuitamente y revelado por la fe. Cristo, hijo de un humilde obrero, no asistió a cursos ni buscó doctorados en la Academia. Cuantas veces lo acorralen publicanos, fariseos, saduceos, doctores de la ley, tantas otras veces saldrá de las preguntas sofisticadas con ese aire de sencillez poco académica del hombre sabio: «Dad al César lo que es del César». Era la hez social, el leproso, el pescador, el pueblo sencillo, la sal de la tierra, la que iba a recibir su mensaje, pues en quien sufre y necesita ser salvado está la acogida del amor salvador. No hay entre los apóstoles grandes sabios: son gentes del campo y de la mar principalmente; en sus almas repercuten las máximas más sorprendentes: «Ya no hay libre ni esclavo, hombre ni mujer, gentil ni pagano, bárbaro o griego». Todo el que lo desee será uno en Cristo el Señor.

A la defensa de la dignidad radical del ser humano (huella del Padre), a la liberación de los oprimidos de la humanidad, al anuncio del monoteísmo que arrumbaba al viejo politeísmo idolátrico, a todo ello no llegó Cristo llevado por la filosofía, ni todo ello fue fundamentado académicamente.

Los griegos nunca alcanzaron por la mera razón el elenco de novedades radicales introducido por Cristo. Lo más que lograron en sus momentos teóricos de mayor espectacularidad fue pensar en la necesidad de un Primer Motor Inmóvil, pero no en un Dios Padre creador de todas las cosas visibles e invisibles. Los griegos, además, habían perfilado una especie de maniqueísmo cosmológico en donde el amor tenía que vencer al odio, pero nunca el amor incondicional como eje de la existencia. Por eso los griegos nunca hubieran podido pensar en la hermosa parábola del hijo pródigo, donde Dios es Padre. Esto es lo que hay que enseñar si se cree en ello. Lo demás es poner una vela a Dios y otra al diablo.

III. En un mundo que no es cristiano, ¿cómo enseñar lo cristiano?

6. Ayunar, estudiar, orar

El creyente docente, incluso el europeo, no puede perderse en la desesperanza, en el llanto sin el canto. Si uno piensa en sí mismo, narcisistamente, se pondrá al borde de un ataque de nervios; de igual modo, si uno piensa exclusivamente en lo que le rodea, perderá la alegría y la paz franciscanas: no está el horno para bollos. Pero uno no es Dios, y conviene recordarlo de vez en cuando como prime-

ra providencia. La primera providencia es la Providencia.

Ayunar

No es seguro que lo cristiano vuelva a entusiasmar a un mundo que no quiere ayunar. Hoy ayunar no es sólo comer menos, eso ya lo recomiendan ciertos dietólogos a quienes consumen más calorías de las debidas, sino ponerse en situación de pobreza. El famoso voto de pobreza, o la famosa opción preferencial por los pobres, de que tanto ha venido hablando la burguesía hasta casi romper sus mandíbulas, esconde una realidad terriblemente cruel: sólo y exclusivamente los pobres, sin hacer voto de pobreza alguno, son pobres.

A nosotros, que no somos pobres, el ayuno nos ayudará a dominar nuestro afán de suficiencia y a acercarnos a los realmente necesitados, que son los que verdaderamente ayunan. Por lo demás, aunque no lo crea ella misma, quien más ayuna es Europa, que es a la vez la que más traga. De los dos tipos de ayuno, el que no come y el que ya no puede comer más por haberse excedido en el comer, Europa explota en el comer tras explotar a los que impide comer.

Nosotros, mientras tanto, ayunemos: ayunemos de exceso en el comer y en el beber, de exceso en el ver la televisión, de exceso en el comprar coches o aparatos; ayunemos de tanto viajar, ayunemos de tanto llamar telefónicamente, ayunemos de tanto reformar casas y conventos; ayunemos de tanto reunirnos para nada; ayunemos de tanta poltronería; ayunemos de tanta conversación banal;

ayunemos de todo lo que desnute, de todo lo que impide que nos llenemos del Espíritu de Dios.

Gracias a este ayuno reconfortador y nutritivo recuperaremos aquellos valores que habrán de refranciscanizar nuestra vida, por ejemplo: el tiempo para rezar, para leer, para pensar, para atender a los de la casa, para contemplar las estrellas, para ir a pie de patera paterizando nuestra vida, pues o la paterizamos, o la patetizamos. Allí donde ya comienza a no poderse ser más pobre, allí precisamente comienza a poderse ser franciscano.

¿No será este ayuno cristocéntrico el que ayudará a generar vocaciones? No un ayuno de fakir, de asceta, sino un ayuno kenótico. y por tanto alegre. La tristeza no es vehículo para el despertar de ninguna vocación. Un franciscano triste es un triste franciscano. No es jajajájjjjí, pero la verdadera y perfecta alegría surge de este ayuno enamorado.

Estudiar

Los perezosos no son creadores de vocaciones, así que si no estudiamos, no enseñaremos. Quien añade ciencia añade también cansancio; el entendimiento alumbra como las velas, derramando lágrimas. No basta con la piedad, es preciso instruir la piedad así como pietizar la instrucción.

Las órdenes y congregaciones religiosas en cuyos colegios hoy apenas hay sino laicos por falta de relevo, ¿por qué no se afanan en formar teológicamente a esos

docentes? ¿Prefieren conservar el patrimonio antes de invertir en profundidad sapiencial al maestro cristiano?

Hay que estudiar para no morir. Según la Cábala judía, Dios está inscrito en las poco más de 300.000 letras de la Torah. Cada una es un destello de lo divino. Leer e interpretar este texto es coger cada letra para 'abrirlo' y liberar el destello divino que contiene. Pero además, según los cabalistas, a partir de la combinación de letras se puede crear el mundo, los objetos... El estudio es una forma de liturgia. El rabino, el alumno, o el pensador judíos pasan una cantidad considerable de horas estudiando los textos del Talmud...

¿Y nosotros, cuánto estudiamos, cuánto le dedicamos a lo que nos interesa verdaderamente, o al menos a lo que decimos que verdaderamente nos interesa? ¿sabríamos nosotros explicar con verdadera altura y belleza el Credo a las gentes de la calle incidiendo en su auténtico sentido, presentando viva una salvación que es eterna y que cada generación entiende con sus propias categorías históricas?

¿Dónde están los apóstoles, dónde los que van a explicar la fe a la radio, a la televisión, los que la transmiten en libros, en prensa, en acampadas, en misión, los que en definitiva no se limitan a ser consumidores, sino seguidores activos?

Hay que hacerse transparente, luz, antorcha, y así irradiar para los mundos donde la opacidad se crece. La gente necesita testimonios vivos, así como el re-

cuerto de la herencia transmitida desde los muertos. Si no transmitimos desde los muertos moriremos nosotros mismos, no habrá más vivos... Pero vivimos:

Por memoria: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Quien está *con-vertido* a imagen del Dios trinitario (en que Padre, Hijo y Espíritu Santo están *con-vertidos* entre sí en las procesiones intratrinitarias), tiene que estar asimismo, a imagen de la Trinidad, *ad-vertido*, vertido hacia los demás en la economía de la salvación, como lo está Dios hacia nosotros. Somos *para* los demás: no llega al yo cristiano quien no asume el *hacia-ti-para-ti-contigo*. Sin esa asunción no hay más que fariseísmo.

Por entendimiento. Lo irracional sería pensar este mundo tan a la deriva que de él ya no se pudiera dar razón. Pero, si creo que este mundo está bien cuidado, establezco un criterio de racionalidad teleológica: va hacia alguna parte, hacia Dios, con causalidad eficiente (ontológica) y teleológica (para mayor gloria de Dios).

Por voluntad. Así como Dios creó el mundo de forma no arbitraria por racionalidad amorosa, así nosotros traducimos nuestro parecido con Él en razón amorosa. Así como Dios cuida de nosotros, así nosotros cuidamos de los demás, aunque escribamos derecho con renglones torcidos: nuestros pecados no nos separarán del amor de Dios. Militancia, pues, que denuncia a los agentes del mal.

Por responsabilidad que es palabra-respuesta-responsabilidad ante el otro:

¿qué amor sería ese que no cuidara de los demás? Todo esto con un ethos, un talante, un hábito de belleza, por la causalidad ejemplar, no solo eficiente ni final. La estética es el ideal, el deber ser, lo eterno. Y, porque hay causalidad eficiente, final y ejemplar, se traduce en causalidad material para transformar la sociedad, causalidad que surge al final y no al principio, como también surge al final el «yo» en el «soy amado luego existo».

Orar

Orar *ad-orando*. A la caída de la tarde se nos examinará en la oración. Si no oras, no eres.

El mundo no se salvará sin lo cristiano; pero, tal como van algunos cristianos, tampoco se salvará con ellos, a no ser que cambien.

No, pues, perversa *securitas*, sino frágil y enamorada alegría: eso creará vocaciones. El siglo XXI será vocacional, o no será tan feliz como pretende.

Desde esta perspectiva el sí triunfará sobre el no; sin ella, el no triunfará sobre el sí. Formas de triunfo del no: el consumismo propietario, el hedonismo del «a vivir que son dos días», el individualismo burgués, la impotencia sin compañeros de revolución, la hiperperplejidad, el arribismo, donde la militancia desaparece. Sin una conversión, empiezas por la causalidad material reivindicante y ahí te quedas, reduciendo la militancia a una forma de cosificación en la alteridad del objeto. Desgraciadamente, la causalidad material ha sido la que

ha manejado siempre cierta ideología que, con todos los respetos a quienes han dado la vida por ella, considero muy reaccionaria. Hace falta más aire.

7. La cruz de Cristo como origen del perdón y de la conversión

¿Qué hay que creer y enseñar? La fe del credo. Cristo, Dios y hombre verdadero, muere perdonando a quienes le matan. El máximo dolor de la cruz es el lugar de más grande energía en el perdón y el punto de partida más radical para amar a los pecadores. Quien lleva la cruz de Cristo puede llevar la suya propia y la de los demás, porque es de la Cruz de Cristo de donde emana la gracia universal.

Tras su muerte, y muerte de cruz, Jesús descendió a los infiernos, al reino de la muerte. El Hijo del Padre Omnipotente, Jesús, sin haber pecado, carga con todos los pecados del mundo descendiendo para ascender —ya con ellos sanados— con las gentes que habían estado desechadas y desechadas. Jesús se erige en el verdadero abogado, en el especialista absoluto y único en recoger inmundicias para salvarlas.

Jesús resucita *de entre los muertos* (*nekrón*). ¿Quién no tiene en su yo psicofísico algo de *necrosado*, de muerto, algún padecimiento del alma? Al resucitar de entre los muertos Jesús destruyó toda muerte, y al destruir la muerte destruyó también todo lo que en nosotros estaba muerto, todas nuestras inmundicias y pecados. Y todo eso sin que nosotros hubiésemos movido un solo dedo

para merecerlo. Si el cristiano no supiera agradecer esto al Señor Resucitador ¿cómo podría agradecer algo alguna vez a alguien? Si Cristo no hubiera resucitado, nosotros tampoco, y entonces vana sería nuestra esperanza y nuestra fe. Pero ha resucitado. Partiendo de la certeza de que aquél que resucitó a Jesús de la muerte nos llevará también a nosotros consigo a la vida eterna, la frontera entre la vida y la muerte pierden su consistencia.

Jesús resucita *al tercer día*, cuando ya todo se había cumplido y consumado, no antes, sin ahorrarse hora amarga alguna; si murió «a tumba abierta», a tumba abierta resucitó. Una gran oración para el cristiano sencillo: «Señor, ayúdame a resucitar esta mañana en todo lo que de muerte pudiera acaecerme durante el día». La resurrección de quien se deja resucitar por el Resucitado ocurre gota a gota, día a día, hasta el día de la resurrección final.

Esperamos la resurrección definitiva de los muertos, y el comienzo de una vida nueva totalmente restaurada ante el Amor absoluto que ya nos ha ido sanando día a día, pues la resurrección no es el premio al fracaso, sino el premio a la fidelidad manifestada en la prueba del fracaso. No tengamos, por tanto, miedo a los fracasos, sino a la infidelidad. Sólo Dios resucita. Al día siguiente de la muerte de la comunista Dolores Ibarruri, la Pasionaria, las calles de Madrid se poblaron de carteles donde se leía: «Dolores vive». Pero ¿vive Dolores? Vivir en el mero recuerdo de los que comparten las ideas no es sino una forma metafórica de

vivir; la única forma real de que Dolores viva de verdad es que Dios la haya resucitado de entre los muertos. No basta, aunque sea hermoso, con decir a la persona amada: «mientras yo viva tú no morirás», pues cuando yo muera ¿quién te haría vivir? Sólo si existe un Amor absoluto e imperecedero que nos ame, sólo si ese es el caso, mientras Él viva viviremos nosotros. También nosotros afirmamos: *non omnis moriar*, no morirá todo, no moriré totalmente yo; más aún, no morirá nada. Pero sólo si existe Dios y lo salva.

Quien asume la cruz de Jesús (la de Jesús, no la de cada cual) y desciende con ella no sólo acrecienta su propia capacidad de seguimiento y de sacrificio, sino que vive el seguimiento de Cristo salvador. Por eso no hay para el cristiano vida más plenamente gozosa que la que se cuelga del cuello del Señor Jesús confiándose a su cruz y ayudando a los crucificados desde ella.

Asumir el dolor traduciéndolo en perdón. Pero ¿qué es perdonar? Perdonar es renunciar a tener la última palabra, sustituir el derecho por amor en favor de un amor sin derechos, permitir el inicio de una vida nueva, recordar lo ocurrido como perdonado, producir energía para el reencuentro, abrir futuro allí donde sólo había obsesión por el pasado acusador, regenerar lo que estaba necrosado. Bendito perdón setenta veces siete que pone alegría allí donde había aflicción, y que favorece tanto al que lo pide porque al pedirlo se abre a la gracia, como al que lo concede porque al concederlo puede ejercer el señorío del amor: hay dos for-

mas de ofrecer luz, ser lámpara o el espejo que la refleja. Hay dos clases de personas: una, la de los justos que se creen pecadores, y otra, la de los pecadores que se creen justos. Éstos carecen de la excelente brújula de aquéllos: la capacidad de sentir vergüenza y dolor por el mal causado a otros.

Llevar la cruz de Cristo es una *experiencia* de encuentro personal con Cristo muerto y resucitado. Los cursillos de conversión, las teorías, los estudios, pueden ayudar a la experiencia, pero ésta es el punto de partida de la conversión: el acontecimiento, el encuentro con el Resucitado.

Tras la duda no puede faltar la experiencia de reconocimiento de Jesús, ni el reconocimiento de nosotros mismos en Jesús, como aquel discípulo, Tomás, que necesitó ver para creer, pero una vez visto creyó: «*Ho Kyrios mou kai ho Theos!*», ¡Señor mío y Dios mío!. Sólo quien ha visto a Cristo puede mirar a los demás como Cristo los miraba, y de esta manera ayudarles a convertirse. ¿No será la falta de experiencia en primera persona, de encuentro yo-Tú, lo que permite el triunfo del hedonismo?, ¿no habremos convertido la Iglesia en una nursería o en un centro de boy scouts, de voluntariados blanditos y de ONG asistencialistas, de gentes que ya no son institución significativa o de sentido diferenciado porque no viven de otro modo al faltarles la experiencia de encuentro con Jesús, el Señor de la historia?, ¿no tendremos que acusarnos de vivir una gracia barata?, ¿no estaremos ofuscados, haciendo entrar a Jesús en donde no cabe,

es decir, en un panteón de áureos dioses mundanos, con los que queremos compartirle?, ¿acaso no sobra Coca-Cola pero falta bebida de eternidad?, ¿es que alguien piensa que desde el ateísmo del bienestar con cargo a la seguridad social puede descubrirse alguna necesidad salvífica profunda?, ¿alguien se extrañará de que del «¡llamen al confesor!» hayamos pasado al «¡llamen a la ambulancia!»?, ¿ha servido la caída del muro de Berlín para demostrar no sólo que al otro lado no había nada sino vacío, humanismo inmanentista de la Ilustración degenerada, pero tampoco nada a este otro lado del Vístula y del Oder, en la Europa de Cirilo y Metodio, de Tomás y de Agustín?, ¿basta con pedir perdón por Galileo y con reconciliarse con Lutero, si no nos incorporamos activamente a la cruz de Cristo, abandonando al becerro de oro? Aquel joven rico pregunta a Jesús qué ha de hacer para tener en herencia la vida eterna. Entonces «Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo: 'sólo una cosa te falta: vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme'. Pero él, al oír estas palabras, se entristeció y se marchó apenado, porque tenía muchos bienes» [8].

8. San Pablo: pedagogo de tiempos globalizados. Una concreción ejemplar. La situación de san Pablo y la nuestra

Estamos como dice M. de Yourcenar en su libro *Memorias de Adriano*: parece como si para muchos los dioses politeístas todavía estuvieran vigentes y el cristia-

nismo no se hubiera instaurado. Pese a Descartes y la Ilustración predominan el politeísmo, los nuevos movimientos religiosos, la religión imperial, etc. Como en el fin del imperio griego las sectas interioristas proliferan; lo mismo que en el final del imperio romano, *mundus senescit*; Sodoma y Gomorra modelan la vida del primer mundo. . .

El propio Pablo necesitó convertirse

Pasó de perseguidor de cristianos a bautizado. Si hubiera tenido partida de bautismo la habría enmarcado en el centro de su eventual hogar. Por bautizado, se había convertido en sacerdote, profeta y rey.

Sacerdote, *sacer dos*: don sagrado para los demás.

Profeta: la última palabra de la confesión de fe es la *martirya*. Los primeros cristianos vivían para hacer apología de la fe profesada. Muchos se autodelataban para hacer proselitismo de su credo durante los diez minutos de audiencia pública que les concedía el procurador antes de condenarles.

Y rey: de un reino que no es de este mundo pero que ya ha comenzado en él.

Por el bautismo, también el docente cristiano deviene catequeta, su acción es catequesis bautismal. Esto le convierte en misionero consagrado del Espíritu Santo. En su aula hay un proseminario, un semillero de racionalidad seminal, un vivero.

Euntes: el verdadero curriculum

«¿Son hebreos? Yo también. ¿Son israelitas? Yo también. ¿Son descendientes de Abrahán? También yo. ¿Son ministros de Cristo? (Como si estuviese loco hablo) Yo más; en trabajos, más abundante; en azotes, sin número; en cárceles, más; en peligros de muerte, muchas veces. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas; una vez apedreado; tres veces naufragué; un día y una noche pasé naufrago en el mar. Viajes frecuentes, peligros de ríos; peligros de salteadores, peligros de los de mi raza; peligros de los gentiles; peligros en ciudad; peligros en despoblado; peligros por mar; peligros entre grandes hermanos; trabajo y fatiga; noches sin dormir, muchas veces; hambre y sed; muchos días sin comer, frío y desnudez. Y, aparte de otras cosas, mi responsabilidad diaria: la preocupación por todas las Iglesias. ¿Quién desfallece sin que desfalezca yo?» (2 Cor 11, 24-29). «Estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos. Dondequiera que vamos, llevamos siempre en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos, pues nosotros, que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. Todas estas cosas padecemos por amor a vosotros para que abundando la gracia por medio de muchos la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios» (2 Cor 4,8-17).

¡Qué lejos del cristiano que Nietzsche no sin razón criticara como esperpento insulso! Pablo y Francisco de Asís predicaban *urbi et orbi*, incluso a las piedras, al cosmos entero. Muchas veces las piedras son los compañeros, los directores, la estructura académica... Pero los cristianos ningún día pasan sin hablar de Cristo. Viven en campaña. Su dedicación es exclusiva, la clase sigue fuera de las horas de clase: *Kerygma* y *kénosis*, anuncio y entrega total.

Un cristianismo globalizador cristocéntrico

Pablo sabía moverse por el mundo, conocía lenguas, iba y venía sin esperar a que los pupitres de los colegios estuvieran en orden. Judío de etnia, romano de polis, trilingüe, culturalmente bicéntrico, internacionalista, él pudo comprender mejor que casi todos eso de que ya no hay hecho diferencial, ni judío ni gentil, ni hombre ni mujer, porque lo que prima es la centralidad de la mirada de Cristo. Como Francisco de Asís pudo decir: «me sé de memoria a Cristo muerto y resucitado». El griego *koiné* de Pablo se convertiría así en griego *katholikós*. Globalizador sí, pero cristocéntrica y crísticamente.

Un cristiano cultivado

¡Pablo estudiaba para trasvasar mejor su fe! En su época sólo los estoicos creen en un Dios uno y único que además es amoroso (véase el himno al Dios Padre de Cleantes). San Pablo lo sabe, y aprovecha para trasvasar la fe cristiana al odre cultural estoico, desde el cual se abre el paganismo al cristianismo. De hecho, san Pablo cita a varios estoicos me-

nores. El cristianismo no hubiera sido lo mismo sin ese trasvase. Su fe no le impidió, al contrario le exigió, inculturalizarla apelando a las creencias ambientales.

Por lo demás, el comportamiento de san Pablo ante el «Dios desconocido» de los helenizantes es bien conocido, y como ejemplo de habilidad epistemológica en el diálogo de la fe resulta paradigmático.

Desde la *Ecclesia, corpus Christi*

No quiso ser Pablo un católico que viviendo como pagano quisiera dar clases de cristianismo. A Cristo sólo se le puede anunciar desde Cristo: «no soy yo, es Cristo quien vive en mí». ¡Cuánto esperpento de hoy se ahorraría con tener en cuenta esto! El profesor de religión no sólo enseña religión: es que sólo puede enseñarla si la vive conforme a lo enseñado por Cristo y vivido en la fe de la Iglesia. De lo contrario no sólo no puede anunciar a Dios, sino que además se denuncia a sí mismo.

Dirección del autor: Carlos Díaz. Facultad de Filosofía, Universidad Complutense, Ciudad Universitaria, 28040 Madrid.

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo: 10.I.2002.

Notas

- [1] MARÍAS, J. (1999) *La perspectiva cristiana*, p. 122 (Madrid, Alianza Ed.).
- [2] Id. pp. 116-117.
- [3] Id, p. 90. Ocultándose, por otra parte, que la vida eterna ante Dios ha de ser «como glorificación, como iluminación de toda realidad. Las diversas formas de vida, empezando por la recíproca disyunción entre varón y mujer, las diversas edades, que en esta vida son sucesivas y en gran medida excluyentes, pero

que en la otra podrían conservarse sin pérdida; la multitud de pueblos, de variantes de lo humano, transformadas en el curso de la historia, toda la riqueza inagotable de la humanidad creada, ¿no tendrá que ser conservada, potenciada, salvada?» (Id., pp. 91-92).

[4] Mt, 5; Lc, 6.

[5] MARTÍN DESCALZO, J. L. *Vida y milagros de Jesús de Nazareth* (Salamanca, Ed. Sígueme).

[6] Ibidem.

[7] Lc, 6.

[8] Mc, 10.

Resumen:

Las preocupaciones del profesor de religión

El artículo señala el fenómeno imperante de la despersonalización, que, unida al hedonismo y al relativismo, ha llevado a que el Evangelio ya no sea el lugar central de la enseñanza en diversas escuelas católicas, lo que concluye en que en ellas lo católico se transforma en algo simbólicamente insignificante.

Enseñar hoy a ser cristiano ha de mover a ayunar —ponerse en situación de pobreza—, a estudiar —formarse teológicamente— y a orar —condición para una auténtica conversión. El profesor de religión católica deberá enseñar la cruz de Cristo, origen del perdón, y su resurrección, comienzo de una vida nueva restaurada para el amor. Concluye el artículo mostrando cómo el ejemplo de san Pablo es en el que toda persona que desee enseñar la religión debiera mirarse.

Descriptor: Enseñanza de la religión, el profesor de religión católica, cristianismo y mundo moderno.

Summary:

The Worries of the Religion Teacher.

This article points out the current situation of *depersonalisation*, which, together with the hedonism and relativism, has displaced the Gospel from being the main subject of the educational program in several catholic schools. This means that in these schools the catholic *matter* has turned out to be something symbolically insignificant.

Today's Christian education should teach to fast —living in a situation of poverty—, to study —having a theological education—, and to pray, main condition for a real conversion. The teacher of catholic religion shall show the Cross of Christ —origin of forgiveness—, and his resurrection, a beginning of a new life restored for love. The article ends up showing that the example of Saint Paul must be followed by every person wishing to become a teacher of Religion.

Key Words: Teaching the Catholic Religion in the Modern World. The Teacher of Catholic Religion, Religion.